

sultana validé, que le llamaba *mi leon*. El pueblo, que se hallaba maravillado con tantas hazañas y con las victorias que *Cabeza de Hierro* había conseguido contra *Barba Blanca*, se hallaba dispuesto á socorrerle. El visir Tchorlili dijo un dia á Poniatowski: *Cogeré á vuestro rey por una mano, y con una espada en la otra le llevaré á Moscou con doscientos mil combatientes*. Pero Pedro no se dormía: sabía tambien gastar á tiempo el dinero, y consiguió hacer consolidar por la Turquía la paz de Carlowitz. Añadióse al tratado que Carlos podía atravesar la Rusia con cien suecos y doscientos turcos hasta los confines de la Livonia; pero el rey de Suecia se negó á firmarle, y sus esperanzas se reanimaron (1711) cuando el nuevo gran visir, Baltagi-Mehemet, declaró la guerra al czar. Encontróse Pedro encerrado entre el Pruth y el Danubio con treinta mil hombres, sin víveres y desalentados. Al recibir esta noticia, partió Carlos, deseoso aún de teñir su espada con la sangre rusa. Despues de haber hecho cincuenta leguas á caballo, pasado el Pruth á nado, atravesó el campo turco con la rapidez del rayo; pero ¡cuán grande fué su despecho cuando supo al llegar que acababa de arreglarse un armisticio y que se había perdido la ocasion de exterminar á los rusos! Dirigió violentas recriminaciones al gran visir, que le escuchó con la impasibilidad musulmana y le contestó con buen modo. Despues de haber destrozado brutalmente Carlos su caftan con sus espuelas, tuvo que emprender el camino de Bender, mientras que el czar, bien distante de la obstinacion caballeresca del rey de Suecia, se resignó á aceptar las condiciones de un enemigo que podia perderle, reservándose indemnizarse en mejores tiempos.

La Turquía, para quien semejante huésped era ya incómodo, estipuló siempre con la Rusia su libre paso por el territorio moscovita; pero Carlos se negó á marchar al invítarsele á ello, y cuando se le intimó decididamente persistió en su negativa, fuese por temor de ser vendido en su consecuencia, fuese por efecto de su natural terquedad. En su consecuencia, el mufti declaró que, sin violar la hospitalidad, se podia despedirle por fuerza.

Los subsidios que se le pagaban, tanto á él como á sus cosacos y valaquijs, fueron suspendidos, y como éstos le abandonaron, se

quedó sólo con trescientos soldados. Pronto llegaron á faltarles los víveres y forraje; además, los tártaros le atacaban en su campamento, lo que le obligó á fortificarse, trabajando él mismo como el último soldado y con sus ministros. En vano se esforzaron los embajadores de Inglaterra y Prusia en decidirle á marchar; la Puerta tuvo paciencia, pagó sus deudas y le proporcionó otra vez víveres; pero, cansada, dispuso matarlos á todos. Mas se obstinó Carlos en permanecer, y con sus trescientos hombres desafió el poder otomano. Asaltado por los turcos y los tártaros (1713), sostuvo el ataque, prometiendo y dando á sus valientes títulos y grados. Los genizaros, que admiraban á Carlos y sus liberalidades, creyeron en su dicho de que la orden de la Puerta era falsa, y se negaron á pelear. Sesenta de los más ancianos trataron de convencerle de la necesidad de marchar, y se negó á recibirlos. Atacáronle, pues, forzaron la trinchera é hicieron prisioneros á los suecos. Pero el rey se retiró á una casa con tres oficiales y cuarenta criados, resuelto, decia riéndose, á defenderse *pro aris et focis*. Determinados los turcos á concluir, la incendiaron, y el rey, á quien sofocaba el humo, hizo una salida repentina para guarecerse en otro edificio, pero se apoderaron de su persona. El respeto que le manifestó el bajá vencedor contrastaba con la altanería del prisionero, que fué conducido honrosamente á Andrinópolis.

Ya entonces se encontraba Suecia arruinada. En 1709 se calculaba que la guerra había costado cuatrocientos mil hombres. Todas las contribuciones se habían duplicado; era preciso emplear la fuerza para reclutar marinos; la clase media se veía precisada á dar su vajilla de plata bajo el título de préstamos y todas las potencias del Norte eran hostiles á la Suecia. Carlos protestaba desde su prision contra todo tratado y mandaba órdenes que no podían cumplirse siempre. Exigia de todos sacrificios en relacion á su obstinacion, y contestaba á las humildes manifestaciones que le dirigia el Senado: *Enviaré á Estokolmo una de mis botas para que gobierne*.

La pobre Suecia se veía, sin embargo, amenazada de la guerra por todas partes. Habiendo abdicado Estanislao en una dieta de pacificacion tan tumultuosa que corrió en ella la san-

gre, fué invitado Augusto por los polacos á recobrar la corona; y reconocido generalmente, se reconcilió con el czar. Uniéronse á ellos la Dinamarca y la Prusia, y declaróse la guerra á la Suecia, que no tenía para defenderse más que un pequeño número de nuevas reclutas. El emperador y los demas príncipes tomaban tambien parte en aquel conflicto, para hacer respetar los Estados germánicos. Luis XIV hacia todo lo posible por dividir á los enemigos de la Suecia y sostener á Leczinski, cuya elevacion había sido el objeto principal de Carlos. Pero la regencia sueca conocia que era imposible pensar en restablecer al rey de Polonia, cuando se encontraba apenas en estado de defender sus propios hogares. En medio de la humillacion del país, los aristócratas rebajados por Carlos XI recobraban osadía, y no les faltaban motivos para declamar contra el despotismo; cuando la terquedad del nuevo rey en suscitar enemigos á la Rusia en el Danubio y el mar Negro permitian á aquella potencia arrancarle sus mejores adquisiciones en el Báltico. Desesperando, en fin, Carlos de hacer entrar á la Turquía en sus planes, se decidió á volver. Dinero tomado á usura le puso en estado de desplegar un lujo increíble en una embajada que envió á Constantinopla para pedir un empréstito. Pero el sultan le contestó que sabia dar y que consideraba indigno de él el prestarle. Regalóle magníficas armas, soberbios caballos árabes y le dió trescientos hombres para su escolta. Habiéndose separado Carlos de su comitiva, atravesó de incógnito la Valaquia, la Transilvania, la Hungría, el Austria, y llegó en diez y seis dias á Stralsund sin haberse acostado en una cama.

Al momento, como si hubiese estado aún en los dias de su omnipotencia, intimó al rey de Prusia le entregase á Stettin y las demas plazas de la Pomerania ocupadas indebidamente, y que le habían dejado en depósito las demas potencias. En vano se le ofrecieron millones para que desistiese de su pretension: entró con los suecos en el territorio prusiano, animado por la Francia, que había renovado su alianza con él, y prometia grandes subsidios. Pero los aliados del Norte sitiaron á Stralsund (1715), y cercaron de tal manera la plaza, que el tenaz Carlos se decidió á proponer la paz. Tocóle entonces su vez de sufrir una ne-

gativa, y huyó de la ciudad, que fué ganada por el enemigo, para volver á sus hogares, sin más recurso que su valor.

Como acontece por lo comun cuando ha pasado el peligro, no tardó la discordia en estallar entre los aliados, á los cuales se había reunido el Hannover. Si bien es cierto que Pedro estaba satisfecho con ver á la Suecia humillada, no queria, sin embargo, dejarla someter por la Dinamarca, prefiriendo conservar ambos Estados débiles y rivales. La Polonia no queria que el rey Augusto sostuviese á expensas de la república, y con peligro de la libertad, las tropas sajonas, cuando ya no había motivo para conservarlas; en su consecuencia, conforme al uso nacional, se confederó para echarlas (1746). Resultó de esto una guerra, que duró hasta el momento en que el rey se comprometió por el tratado de paz de Varsovia, á licenciar á los sajones, excepto á su guardia, á no declarar la guerra al extranjero sin consentimiento de la dieta, y á no permanecer ausente más de tres meses al año. De esta manera se vió Augusto reducido á la imposibilidad de mezclarse en la guerra del Norte.

El rey de Dinamarca era el alma, con el apoyo de la Inglaterra y de la Holanda, que Carlos irritaba contra él dejando atacar por sus corsarios á todo barco que llevaba provisiones á sus enemigos. Habiéndose puesto el czar al frente de su escuadra, parecia encontrarse en vísperas de invadir la Scania, cuando vaciló, y suscitó sus pretensiones con respecto á Dinamarca. Como no se hizo justicia, rompió con aquella potencia, y la Suecia se salvó de un gran peligro; habiendo despues obtenido todos en particular lo que deseaban, se disolvió la liga.

Despues de haber contribuido por su parte el baron de Gortz á la prosperidad del Holstein, había entrado al servicio de Carlos XII en calidad de ministro. Era un hombre diestro, pero que confiaba demasiado en las intrigas de la diplomacia. Al frente de la administracion de la hacienda, y encargado de la direccion de los negocios extranjeros, se dedicó á llenar el tesoro con todos los recursos del crédito, arte aún novicio, recurriendo á las obligaciones del Estado, á los empréstitos, á la alteracion de las monedas, y para desbaratar las intrigas de sus

enemigos se hacia conferir plenos poderes. Aquel hombre de estado se entendia con el cardenal Alberoni, que teniendo medios para todo, se proponia reformar las rentas de España, como Gortz las de Suecia. El plan que ambos ministros maquinaban era, para hacer á la Francia y á la Inglaterra ménos arrogantes, asociar la locura de Cárlos á la de los jacobitas, haciendo desembarcar á este príncipe en las costas británicas, para ponerse al frente de los partidarios del Pretendiente. Eran por su parte continuos cebos para procurarse dinero; pero, en efecto, Pedro se vió obligado á hacer un tratado particular con la Suecia y la España (1716), que podia cambiar el aspecto de la política.

Mientras que se negociaba, proseguía Cárlos las hostilidades: queria conquistar la Noruega como indemnizacion de las pérdidas que habia sufrido en el mar Báltico; pero fué muerto en el sitio de Fredericshall á la edad de treinta y seis años: dijose entonces que le habia herido una bala enemiga; pero en el dia se cree en un asesinato. Dejó á la Suecia sin ocupar el alto lugar á que se habia elevado, empobrecida, despoblada, sin comercio y sin posesiones.

Su sobrino y discípulo, Cárlos Federico de Holstein, perdió, por demasiada confianza en su herencia, la ocasion de hacerse elegir.

Cansado el país de héroes, temió que conservase las ideas del tío que le habia educado; y Ulrica Leonor, princesa de Hesse-Cassel, hermana de Cárlos XII, fué proclamada. Como no podia hacer presente pretensiones dinásticas, aceptó todas las condiciones, y tuvo que renunciar al despotismo introducido por Cárlos XI. El partido patriota, es decir aristocrático, volvió otra vez á prevalecer. Establecióse que las tres clases de señores, caballeros y simples nobles, no votarian ya por curias, de modo que formasen tres votos colectivos, sino que habria un voto para cada dos mil familias nobles, cada miembro del alto clero, cada consistorio, provincia y ciudad, lo cual aumentó el poder de la pequeña nobleza. Permittedse á los nobles dedicarse al comercio, y se prohibió á la clase media comprar los bienes de los nobles. La dieta debia convocarse lo ménos cada tres años; realmente representó á la nacion, y llegó á ser depositaria del poder soberano. Un Senado de diez y seis miembros obtuvo la direccion de los ne-

gocios en union del país, á veces sin él y hasta á pesar suyo.

De esta manera se consumó la ruina de la Suecia, pues el gobierno se puso en manos de una aristocracia venal, deseosa de dominar, y cuyos intereses eran opuestos á los de la nacion. Aquella revolucion produjo otra en 1772.

Ulrica hizo poner presos á todos aquellos que se habian manifestado partidarios del duque de Holstein y enjuiciar á Gortz por crímenes imaginarios: este ministro fué decapitado, sin que le fuese permitido dar cuentas. Vióse en esto una intriga urdida para evitar el que se supiese que el dinero que habia en el tesoro á la muerte de Cárlos habia sido distraido por la reina y sus partidarios. Pidió Gortz que se pusiese en su sepulcro esta inscripcion: *En el momento de dar la paz al mundo, el héroe á quien servia ha perecido, y con él la monarquía. ¡Dios salve al país de peores males! Muero tambien, y es hermoso morir al mismo tiempo que su rey y que la monarquía. Mors regis, fidesque in regem et duces meum, mors mea.* Gortz fué uno de aquellos emisarios sobre los cuales se descarga el odio público. La Suecia, que un insensato monarca habia reducido á la última ruina, se regocijó del asesinato de aquel que en cierto modo habia reparado los desastrosos efectos de las locuras de Cárlos.

Lo más triste que hubo en aquella iniquidad es que cortó de raíz los tratados que aquel ministro se hallaba próximo á concluir con el czar, que, por el contrario, se unió á la Francia y á la Inglaterra para no estar expuesto á perder sus provincias. En su consecuencia, desembarcó en el territorio sueco, el que asoló, y llenó de terror á Estokolmo. Ocho ciudades, ciento cuarenta castillos, mil trescientas sesenta y una aldeas, cuarenta y tres molinos, diez y seis almacenes, dos fundiciones de cobre y catorce de hierro, fueron destruidas por los rusos, que se llevaron gran cantidad de animales. Este fué el golpe de gracia para la Suecia. Los ingleses despacharon una escuadra para proteger á Estokolmo, y concluyóse la paz con ellos con la cesion á su rey, como elector de Brunswick-Luneburgo, de los ducados de Brema y Werden, y formándose una liga entre ambos estados, con objeto de detener los progresos del czar en el Báltico.

La Suecia convino con la Polonia en una

tregua (1720), que ha durado desde entonces. Hizo la paz con la Prusia, cediéndole Stettin, el distrito situado entre el Oder y el Péene, y otros territorios, como tambien las ciudades de Damn y Golnau, con sus dependencias más allá del Oder.

La Dinamarca, que habia conquistado una gran extension de terreno, pretendia conservarle; pero como no se queria excluir enteramente á la Suecia de la Alemania, se convino en que la Dinamarca restituiria la parte de la Pomerania que ocupaba hasta el Péene, Stralsund, la islá de Rugen, y las ciudades de Marstrand y Wismar, al paso que la Suecia renunciaria á la exencion del peaje en el Sund y en ambos Belt, se comprometeria á pagar seiscientos mil rixdales, y que la mitad del Sleswick perteneceria á la Dinamarca. ¿Pero qué importa? Aquella potencia habia abatido á su rival; y sus reyes conocieron que no se debian buscar ya conquististas, ni mezclarse en una política que pudiese arrastrarlos á la guerra, sino atender á la prosperidad interior. No tardó Ulrica en abdicar en favor de Federico, su marido, poniéndose nuevas restricciones al poder real.

Pedro habia continuado sus asolaciones hasta el momento en que la mediacion de la córte de Francia puso un término á la guerra en el Norte con la paz de Nystadt. Segun el tratado, la Suecia cedia á la Rusia la Livonia, la Esthonia, la Ingria, una parte de la Carelia y todas las islas situadas en las costas de aquellas provincias desde la frontera de la Curlandia. Pedro restituia la Finlandia con dos millones de rixdales, en compensacion de la Livonia. Se comprometia á no mezclarse en nada en la alta administracion de la Suecia y dejarle comprar cada año por valor de cincuenta mil rublos de trigo en Riga, Revel y Arensburgo.

Cansados los polacos de las tropas rusas que ocupaban su país, se unieron á la Suecia, con la que renovaron el tratado de Oliva, garantizándose mutuamente su independencia contra las amenazas del czar. Excluido el duque de Holstein del trono de Suecia, que Pedro le habia asegurado, despojado de su patrimonio por los daneses, supo guardar silencio; pero su descendencia estaba destinada á suceder al vencedor de Cárlos.

Reconciliada la Suecia con todas las poten-

cias, se encontró despojada de casi todas sus posesiones en Alemania y de sus privilegios en el paso de los estrechos. Por el contrario, la Rusia, de potencia asiática que era, se habia convertido en europea, y sus ejércitos habian adquirido reputacion. Millares de suecos prisioneros sirvieron para instruir á sus tropas, á sus habitantes para establecer manufacturas. Pedro solemnizó con grandes fiestas la paz de Nystadt, poniendo en libertad á los condenados, excepto á los asesinos y reos de lesa majestad, y haciendo entrega de lo que se debia al tesoro. Adjudicáronle los títulos de grande, de padre de la patria; y el de emperador de todas las Rusias, manifestó oficialmente el predominio que habia adquirido en el Norte.

Dirigió entonces más eficazmente la energía de su indomable voluntad hácia la civilizacion de su país. Pronto se vió elevarse en la isla fangosa del Neva, secada á costa de varios millares de vidas, una de las más hermosas capitales de Europa, mientras que el czar se contentaba con una choza, que ni un artesano hubiera querido habitar. Aún muestran los rusos con orgullo aquella habitacion de Pedro, en señal de lo que debe sufrir el que quiera hacer grandes cosas. Hácia allí fué hácia donde, dirigida la mirada de la Europa, dió á los rusos una ciudad, una nacion, una historia. En efecto hácia él es preciso remontarse si se quiere comprender la Rusia.

El censo hecho en el imperio dió doscientas setenta y una ciudades, cuarenta y cuatro mil aldeas, setecientos quince mil pueblos, cinco millones noventa y cinco mil ochocientos cincuenta y siete habitantes sujetos á la capitacion, sin comprender en ella doscientos cincuenta mil hombres empleados en los ejércitos y en la marina, toda la nobleza, los magistrados eclesiásticos y civiles y los propietarios.

Pedro estableció en los caminos posadas, relevos de correos, marcos de division; construyó un hospital, sacó rebaños de la Sajonia y de la Polonia para procurarse lanas indígenas; estableció fábricas de paños, papel y telas; hizo explotar las minas de hierro y fundir cañones. Pensó tambien en atraer á Rusia el comercio de la seda, que hacia la Persia. Con este objeto mandó explorar el mar Caspio, y fundó una sociedad de comercio en Chamaki,

en el Chirwan; pero fué asaltada por los lesghiz (1722), que la destruyeron y saquearon los almacenes. Empuñó, pues, Pedro las armas; y habiendo llegado con grandes dificultades al mar Caspio, entró en el Derbent. Con objeto de obtener entonces socorros del usurpador del trono de Persia, le cedió la ciudad de Bakoa, con algunas provincias de la antigua Hircania y de la Albania. Abrió, uniendo los ocho grandes rios de su imperio, comunicaciones entre las provincias del mar Blanco, el Caspio y el Báltico. El capitán Bering, á quien envió á reconocer si el Asia estaba separada de la América, descubrió el estrecho que tiene su nombre. Tenía tan elevada idea del servicio de la marina, que decía: *Si no fuera emperador de Rusia, quisiera ser almirante inglés*. Los peligros que presenta el golfo de Finlandia no le permitieron trasladar á Petersburgo el comercio de Arkangel. Sin embargo, vió á fines de su reinado mil doscientos barcos entrar en sus puertos, y dejó cuarenta buques de guerra y doscientas galeras. Pero no le fué posible emplear en la marina y en la artillería más que á extranjeros.

La prensa comenzó entonces á producir en Rusia otra cosa que almanaques. Si un sacerdote imprimió que Pedro era el anticristo, otro le contestó negándolo, porque el número 666 apocalíptico, no se encontraba en su nombre, y no tenía la señal de la gran bestia. Esta era la ignorancia del país. El que sabia calcular con bolas puestas en hilo era considerado como un sabio; apenas sabian leer los sacerdotes; la embriaguez era un vicio general. Así era que el czar animaba á los jóvenes á estudiar en las universidades extranjeras. Estableció en su imperio una escuela náutica y otra para la enseñanza de las ciencias aplicadas. Corrigió é hizo corregir las cartas geográficas. Alentó á los escritores rusos á traducir libros extranjeros, y él mismo sostuvo una correspondencia con Leibnitz. Fundó también en Petersburgo una academia de ciencias, un gabinete de historia natural; y para atraer á él á los curiosos, hacia distribuir refrescos. Puede, en suma, decirse que no dejaba pasar un mes sin introducir alguna innovacion.

Para improvisar de aquella manera era preciso ejercer un poder despótico. Es cierto que

la costumbre del servilismo era en el país el estado natural. El hijo era esclavo del padre, la mujer del marido, los campesinos del señor. Sumergido el vulgo en la miseria, creia que el paraíso no se habia hecho para él, sino para los boyardos y los príncipes. Sin embargo, tanto unos como otros eran azotados por las calles si robaban, sin que se considerasen envilecidos, ni por el castigo ni por el crimen; y daban gracias al czar cuando en las fiestas se dignaba maltratarlos ó mutilarlos para divertirse. Tan inexorable Romanodowtiki y tan poderoso como su señor, tenía en su antecámara un oso que ofrecia agua y pescado á las personas que llegaban, arrancándoles sus vestidos de encima á los que tenían la desgracia de beber ó comer de mala gana. Este ministro quiso dar muerte como hechicero á un geómetra que habia adivinado cuántos ladrillos habia en un edificio de forma regular.

Pero, aunque falta de dignidad, la nobleza estaba llena de pretensiones. Precisamente, para no encontrarse en lucha con el antiguo espíritu moscovita, fué por lo que Pedro trasladó su residencia de Moscou á Petersburgo, ciudad situada tan lejos del imperio, que llegará una época en que será imposible gobernar desde allí las provincias. Se dedicó despues á destruir el feudalismo, recurriendo al gran expediente de la revolucion, es decir, al hacha del verdugo. Habiendo conseguido de esta manera todo lo que queria, dividió todo el pueblo en catorce clases, que no se derivaban ni del nacimiento ni del nombre, sino sólo del favor del príncipe, de las cuales cada una tiene sus privilegios propios, y corresponden á los grados militares. Los individuos de la décimacuarta se acercan á los siervos, mas no pueden ser maltratados por sus amos. Existe, pues, en el país un movimiento ascendente y descendente, una ambicion universal, que no pudiendo ser satisfecha sino por un solo hombre, sostiene á todo el mundo en la docilidad.

Pedro sustituyó al antiguo consejo de los boyardos un Senado de ocho miembros, al que estaban subordinados los diferentes departamentos. Las contribuciones no se cobraron ya por los boyardos, sino por la clase media, incapaz de resistir á las voluntades soberanas. Cesaron, pues, los boyardos de ser interrogados sobre las

leyes; sus campesinos fueron separados del tercio para ser alistados en el ejército permanente; sus hijos se vieron precisados á servir, y como algunos recurrían á la astucia para sustraerse, dispuso Pedro que todo noble, desde la edad de diez años hasta treinta, que no se hiciese inscribir en los alistamientos militares, se le confiscarian sus bienes y llegarían á ser propiedad del denunciador, aun cuando éste fuese su esclavo.

El poder del patriarca, que ocupaba una brillante clase, repugnaba á aquella autocracia de hierro. Cuando murió aquel dignatario, Pedro, en lugar de reemplazarle, nombró un vicario exarca, en cuyo tribunal se decidían los negocios de poca importancia; los más graves los resolvía el príncipe ó una asamblea de obispos reunidos en Moscou. Duraron las cosas de esta manera veinte años, en los cuales Pedro arregló todas las materias eclesiásticas; abolió el uso del beso que se daban á la entrada del año el jefe de la Iglesia y el del Estado. Gravó los beneficios de los diferentes empleos, y á medida que moría un arzobispo ó un metropolitano, le sustituía un simple obispo.

Despues, pasado el año de 1700, aumentó los decretos de reforma. Dispuso formar un catálogo de todos los frailes, y prohibió que ninguno de ellos pasase de su convento á otro sin una dimisoria, queriendo que se excluyese á los legos y á toda persona extranjera, que ningun religioso poseyese en su celda tintero y pluma sin permiso expreso, y que nadie tuviese facultad de establecer nuevos monasterios. Formó también una lista de sacerdotes y clérigos, á quienes obligó á mandar á sus hijos á las escuelas; determinó la edad é ilustracion necesarias para recibir las órdenes, y prescribió el secreto y la dulzura, tanto en la confesion como en las penitencias.

Despues de haber dispuesto los ánimos con una vacancia de veinte años (1721), declaró su intencion de no nombrar patriarca, y como algunas personas quisieron oponerse á aquella innovacion, se golpeaba el pecho diciendo: *Ved á vuestro patriarca*. Los muchos bienes afectos á aquella dignidad se reunieron á las rentas públicas que tenían necesidad de ellos. En el reglamento eclesiástico que dió creó un *santísimo sínodo director*, elegido por todas las cla-

ses del clero y encargado de vigilar el dogma, el culto y la instruccion pública; nombrar para los beneficios, salvo la aprobacion del czar y de los señores; examinar los candidatos para los empleos de obispos, dar dispensas, resolver los casos ceremoniales, juzgar los asuntos eclesiásticos y administrar los bienes de la Iglesia. El número de los miembros del sínodo no está determinado; pueden hasta ser legos, y uno de ellos que, con el título de procurador representa al czar, ejerce el derecho de veto.

En un ukase dirigido á aquel sínodo (1724) organiza Pedro las órdenes monásticas, que encuentra muy numerosas y degeneradas; pero, sin embargo, necesarias, tanto para ofrecer un asilo á los que se sienten especialmente llamados á la vida solitaria, como para ser un plantel de obispos, teniendo la Iglesia griega la costumbre de no sacarlos sino de los monasterios; pero como la diferencia del clima, decia, no permite que los frailes vivan del mismo modo en el Mediodía, donde primero se establecieron, que la ociosidad los corrompe y los hace ridículos á los extranjeros, que los plebeyos acuden á los conventos porque encuentran su bienestar, cree que deben sacrificarse por el bien público; que los soldados inválidos se repartan en los monasterios para ser servidos por los religiosos; y si aún quedan sin ocupacion, que labren las tierras, y que las religiosas cuiden de los enfermos é instruyan á los huérfanos hasta la edad de siete años, ó hilen.

Manda que los conventos de educacion eduquen á la juventud hasta los treinta años, ora para la vida seglar, ora para el estado eclesiástico. Para entrar en el clero es preciso un noviciado de tres años, y sólo á los cincuenta se pueden pronunciar votos. Al juramento que prestaban los obispos de desempeñar dignamente su jurisdiccion pastoral, añadió el de no excomulgar á nadie por odio personal, portarse pacíficamente, gobernar á los frailes segun los cánones y la disciplina, no construir más iglesias que las necesarias, no ordenar sacerdotes ni diáconos por interés, visitar dos veces al año su diócesis, y no mezclarse en las cosas temporales. Quitóse á los obispos el derecho de imponer penas alicivas.

La Iglesia rusa, tal como ha sido organizada por el czar Pedro, tiene en cada catedral